

Gertrudis Gómez de Avellaneda

*Guatimozin,
último emperador de México*
Novela histórica

Edición de Luis T. González del Valle
y José Manuel Pereiro Otero

CÁTEDRA
LETRAS HISPÁNICAS

Índice

INTRODUCCIÓN	11
A modo de proemio	13
Cuba y España en la transición entre los siglos XVIII y XIX	14
Gertrudis Gómez de Avellaneda: una biografía trasat- lántica	29
Dilemas: claves interpretativas de una trayectoria vital y literaria	49
Nacionalidad: Cuba y España	52
Género: una escritura femenina	60
Representación: realidad y ficción	76
Obra literaria	92
Una literatura configurada entre la convención y la innovación	93
Multiplicidad y constantes en la narrativa de Gómez de Avellaneda	110
Boceto crítico de <i>Guatimozin</i>	134
Historia y novela histórica	141
La conquista de México como aparente fondo	157
Una valorización crítica: organización, antecedentes y temas	177
Los personajes y su caracterización	184
Vínculos entre la narradora y sus fuentes historio- gráficas	204
Los epílogos	217
A modo de conclusión	232

ESTA EDICIÓN	237
BIBLIOGRAFÍA	245
GUATIMOZIN, ÚLTIMO EMPERADOR DE MÉXICO. NOVELA HISTÓRICA	295
Tomo I	297
Capítulo I. Hernán Cortés y Motezuma	299
Capítulo II. La familia imperial de México	310
Capítulo III. Visita de Cortés a Motezuma	328
Capítulo IV. La fiesta popular	344
Capítulo V. La revista	361
Capítulo VI. La audiencia	370
Capítulo VII. Prisión de Motezuma	385
Capítulo VIII. Situación de la familia imperial	393
Capítulo IX. Motezuma en la prisión	398
Capítulo X. Qualpopoca	405
Capítulo XI. Acusadores, jueces y verdugos	410
Capítulo XII. La conjuración	418
Capítulo XIII. La partida	429
Capítulo XIV. Progresos de Cortés	446
Tomo II	453
Capítulo I. La convocatoria	455
Capítulo II. Nuevos presos	473
Capítulo III. El vasallaje	484
Capítulo IV. Agitación	491
Capítulo V. Agrávase la situación de Cortés	499
Capítulo VI. Guerra	510
Capítulo VII. Muerte de Motezuma	520
Capítulo VIII. Heroísmo	531
Capítulo IX. El consejo del astrólogo	543
Capítulo X. La noche triste	555
Capítulo XI. Fin de la noche triste	571

Tomo III	583
Capítulo I. Amor sin esperanza	585
Capítulo II. Terminación del amor	602
Capítulo III. Otra pérdida	608
Capítulo IV. Guatimozin emperador	614
Capítulo V. Esposo, padre y rey	632
Capítulo VI. Disposiciones del emperador	641
Capítulo VII. Cortés en Tlascalá	646
Capítulo VIII. Visita inesperada	653
Capítulo IX. Hernán Cortés en Tezcucó	665
Capítulo X. La epidemia	676
Capítulo XI. Nuevas alianzas	686
Capítulo XII. Embajadas de paz y proclamas de guerra	693
Capítulo XIII. Batalla de Tlacopan y Tacuba	701
Tomo IV	709
Capítulo I. Cortés de vuelta a Tezcucó y nueva expedición	711
Capítulo II. Gloriosa defensa de Xochimilco	718
Capítulo III. Conspiración de Villafañá	725
Capítulo IV. El senado de Tlascalá y Xicotencalt	735
Capítulo V. Xicotencalt	743
Capítulo VI. Cerco de México	751
Capítulo VII. El plan de los treinta días y su modificación	760
Capítulo VIII. Derrota de Cortés	769
Capítulo IX. Nuevos esfuerzos de Guatimozin para salvar al imperio	775
Capítulo X. Embajada	783
Capítulo XI. Quilena y sus hijos	789
Capítulo XII. Toma Alvarado el teocali, y entra Cortés en Tenoxtitlan	795
Capítulo XIII. Últimos esfuerzos	803
Capítulo XIV. Guatimozin prisionero	811
Capítulo XV. El martirio	819
Epílogo	827

UNA ANÉCDOTA DE LA VIDA DE CORTÉS	841
I	841
II	846
III	853
GLOSARIO	861

INTRODUCCION

A MODO DE PROEMIO

La vida y la obra de Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873), al igual que ocurre con otros escritores decimonónicos contemporáneos, debe contextualizarse de modo particular en relación con las conmociones que transfiguran el panorama histórico, político y cultural del siglo XIX tras centurias de relativa estabilidad. El paso de las esclerotizadas estructuras sociales del Antiguo Régimen a los ordenamientos constitucionales y liberales que imponen los movimientos revolucionarios e independentistas de esas décadas, sin olvidar ni la intermitente aparición ni la consolidación de regímenes republicanos y sin ignorar tampoco los conatos antimonárquicos en constante ebullición, son algunos de los factores más importantes que determinan su época y condicionan el devenir del siglo. Igualmente, las secuelas de la incertidumbre internacional marcada por las guerras napoleónicas son síntomas adicionales de este ambiente que el inicio del ochocientos recibe de la agonía del setecientos. En términos culturales, el problemático e inestable legado de las promesas igualitarias de los programas ilustrados, así como la irrupción de un clasicismo reinterpretado y adaptado a su nuevo contexto histórico, se encuentran en tensión con los atisbos de un Romanticismo que, al privilegiar lo emocional sobre lo racional y al distanciarse de los modelos grecorromanos recibidos, confirma y socava la herencia que recibe.

Aunque este turbulento panorama es compartido con sus coetáneos, el caso de Gómez de Avellaneda se distingue por unas características propias que singularizan su experiencia. En primer y fundamental lugar, la escritora nace y pasa sus años formativos en la Cuba colonial, circunstancia que, aparte de determinar múltiples aspectos de sus intereses vitales tras cruzar el Atlántico, deja en su obra una indudable impronta. En segundo, su género es un factor que, de modo ineludible, va a determinar tanto su escritura como sus vivencias. La envergadura literaria de un proyecto narrativo tan complejo como *Guatimozin, último emperador de Méjico. Novela histórica* (1846) solamente puede ser atisbada en relación con la encrucijada que forman estos parámetros.

Cuba y España en la transición entre los siglos XVIII y XIX

Durante la segunda década del siglo XIX, una serie de grandes transformaciones económicas, demográficas y sociales transforma la aparentemente apacible y, hasta cierto punto, bucólica «Siempre fiel isla de Cuba»¹. Por entonces

¹ Esta divisa responde a un cúmulo de complejas y controvertidas circunstancias históricas, económicas y sociales en juego en Cuba durante las primeras décadas del siglo XIX. Entre ellas, se hallan la inestabilidad política que predomina en España a partir de 1808 y los diversos procesos independentistas que ocurren en las colonias españolas de América. Su uso es propuesto al rey por el capitán general José María Cienfuegos Jovellanos (1763-1825) en 1819 al concluir su mandato para, de esta forma, «favorecer el sentimiento español» de las clases dominantes en la isla (Piqueras, 2008, 481; consúltese también a Barcia Zequeira, 24-25, y a Cienfuegos-Jovellanos González-Coto, 173-174, quien compone una curiosa biografía —en forma de autobiografía— de su antepasado). El uso oficial del lema es refrendado más adelante por la gracia real de Fernando VII en 1824 y se convierte en una frase muy manida que utilizan el gobierno colonial español y sus adeptos para de esta forma expresar un anhelo quizá por entonces ya inalcanzable (*Gaceta de Madrid*, 153 y Ro-

surgen las primeras reivindicaciones independentistas, influidas, paradójicamente, tanto por el espíritu pseudoilustrado de los gobernadores y capitanes generales, nombrados —por supuesto, desde Madrid— durante los reinados de Carlos III (1759-1788) y Carlos IV (1788-1808), como por las medidas represivas que los representantes de la corona adoptan². Mientras tanto, la península sufre el azote de la invasión napoleónica y oscila entre períodos constitucionalistas y absolutistas que, de alguna manera, frustran las promesas de buen gobierno que caracterizan la Ilustración política³.

dríguez San Pedro, 3.160-161). Dicho deseo se verá frustrado por los variados conflictos bélicos que revolucionan Cuba, sobre todo durante la segunda mitad del siglo XIX.

² Si Carlos III puede ser concebido, hasta cierto punto, como un rey predispuerto a las reformas, lo propio no puede ser dicho con igual rigor de su hijo y heredero, Carlos IV, poseedor de serias y numerosas carencias. Sobre ambos monarcas, consúltese a Sarrailh, Herr, Hargreaves-Mawdsley (99-143), Gil Novales (7.215-264), Dérozier (7.357-375), Domínguez Ortiz, Lynch (1989), Giménez López y Egido. Como bien advierte Ruiz Torres, Carlos III «nada tenía de “rey filósofo”, pero fue sensible al espíritu general de la Ilustración [sobre todo ...] en comparación con sus antecesores y coetáneos[al mismo tiempo que fue propenso ...] a las corrientes que reivindicaban el cultivo de la razón y la mejora educativa» (444). En este mismo estudio, el antiguo rector de la Universidad de Valencia añade que «El mito del “progresismo” de Carlos III, extendido a los hombres más destacados de su gobierno, ha impedido percibir los rasgos más tradicionales de su reinado, pero calificarlo de “reaccionario” supone caer en un error idéntico de signo opuesto» (*ibid.*, 445). Este carácter híbrido del contexto ilustrado hispánico implica la coexistencia de tendencias que contradicen algunos de sus presupuestos. Al efecto, léase el estudio de Pereiro Otero sobre Pedro García del Cañuelo (1746-¿1812?) y el tormento. Se evidencia en esta monografía la problemática y conflictiva situación que ciertos planteamientos políticos y jurídicos provocan a través de la historia y, particularmente, durante los reinados de Carlos III y Carlos IV.

³ El emperador Napoleón Bonaparte (1769-1821) es responsable por la invasión de las tropas francesas en 1808, durante el reinado de Fernando VII (1784-1833; gobierna en 1808 y 1814-1833). Con dicho acon-